

An illustration in a vintage, sepia-toned style. Two men are shown in a warehouse or market setting. The man on the left is wearing a wide-brimmed hat and a heavy coat, holding a wooden crate labeled 'EGGS'. The man on the right is wearing a fedora and a suit, looking towards the first man. In the background, there are stacks of similar crates, some labeled 'EGGS'. The overall atmosphere is one of a busy, perhaps struggling, marketplace.

Jack London
Las Mil Docenas

E LEJANDRIA

An illustration in a vintage, sepia-toned style. Two men wearing hats and heavy jackets are in a warehouse or market. The man on the left is carrying a wooden crate labeled 'EGGS'. The man on the right is standing behind a counter with several more crates, some of which are open and filled with eggs. In the background, there are stacks of crates, some labeled 'EGGS'. The scene is lit with a warm, golden light. At the top, there are decorative flourishes resembling wheat or corn stalks.

Jack London
Las Mil Docenas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS MIL DOCENAS

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1904
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

LAS MIL DOCENAS

David Rasmussen era un buscavidas y, como muchos hombres más grandes que él, un hombre de una sola idea. Por eso, cuando la clarinada del Norte resonó en su oído, concibió una aventura con huevos y dedicó toda su energía a su consecución. Hizo sus cálculos de forma breve y directa, y la aventura se tornó tornasolada, espléndida. Que los huevos se venderían en Dawson a cinco dólares la docena era una premisa de trabajo segura. De donde era incontrovertible que mil docenas reportarían, en la Metrópoli Dorada, cinco mil dólares.

Por otro lado, había que considerar los gastos, y los consideró bien, pues era un hombre cuidadoso, agudamente práctico, de cabeza dura y un corazón que la imaginación nunca calentó. A quince centavos la docena, el coste inicial de sus mil docenas sería de ciento cincuenta dólares, una mera bagatela frente al enorme beneficio. Y supongamos, solo supongamos, para ser extravagantemente generoso por una vez, que el transporte para él y los huevos ascendiera a ochocientos cincuenta más; todavía le quedarían cuatro mil dólares limpios en efectivo cuando el último huevo fuera vendido y el último polvo de oro hubiera ondeado en su saco.

— Verás, Alma — lo calculaba con su esposa, con el acogedor comedor sumergido en un mar de mapas, estudios gubernamentales, guías de viaje e itinerarios de Alaska —, verás, los gastos en realidad no empiezan hasta que llegas a Dyea... cincuenta dólares lo cubrirán con un pasaje de primera clase incluido. Ahora, desde Dyea hasta el lago Linderman, los porteadores indios llevan tus mercancías por doce centavos la libra, doce dólares las cien libras, o ciento veinte dólares las mil. Digamos que tengo mil quinien-

tas libras, costará ciento ochenta dólares... pongamos doscientos para estar seguros. Un Klondiker que acaba de salir me ha informado de buena fuente que puedo comprar una barca por trescientos. Pero el mismo hombre dice que seguro que consigo un par de pasajeros por ciento cincuenta cada uno, lo que me dará la barca gratis y, además, pueden ayudarme a manejarla. Y... eso es todo; desembarco mis huevos desde la barca en Dawson. Ahora déjame ver cuánto es eso.

—Cincuenta dólares de San Francisco a Dyea, doscientos de Dyea a Linderman, los pasajeros pagan la barca... doscientos cincuenta en total —resumió ella rápidamente.

—Y cien para mi ropa y equipo personal —continuó él felizmente—; eso deja un margen de quinientos para emergencias. ¿Y qué posibles emergencias pueden surgir?

Alma se encogió de hombros y enarcó las cejas. Si aquella vasta tierra del Norte era capaz de tragarse a un hombre y mil docenas de huevos, seguramente había espacio de sobra para cualquier otra cosa que pudiera poseer. Así pensó, pero no dijo nada. Conocía demasiado bien a David Rasmussen como para decir algo.

—Doblando el tiempo por posibles retrasos, debería hacer el viaje en dos meses. ¡Piénsalo, Alma! ¡Cuatro mil en dos meses! Supera los míseros cien al mes que gano ahora. Vaya, construiremos más lejos, donde tendremos más espacio, gas en cada habitación y una vista, y el alquiler de la casita pagará los impuestos, el seguro y el agua, y sobraré algo. Y luego siempre está la posibilidad de que dé un golpe de suerte y salga millonario. Ahora dime, Alma, ¿no crees que soy muy moderado?

Y Alma apenas podía pensar lo contrario. Además, ¿no había sido su propio primo —aunque uno lejano y remoto, la oveja negra, el tarambana, el bueno para nada—, no había bajado él de ese extraño país del Norte con cien mil en polvo amarillo, por no hablar de la mitad de la propiedad del agujero de donde salió?

El tendero de David Rasmussen se sorprendió al encontrarlo pesando huevos en la balanza al final del mostrador, y el propio Rasmussen se sorprendió más cuando descubrió que una docena de huevos pesaba una libra y media: ¡mil quinientas libras por sus mil docenas! No quedaría peso para su

ropa, mantas y utensilios de cocina, por no hablar de las provisiones que necesariamente debía consumir por el camino. Todos sus cálculos se habían venido abajo, y justo cuando procedía a rehacerlos, se le ocurrió la idea de pesar huevos pequeños. «Porque sean grandes o pequeños, una docena de huevos es una docena de huevos», se observó sagazmente a sí mismo; y descubrió que una docena de los pequeños pesaba solo una libra y cuarto. A raíz de ello, la ciudad de San Francisco fue invadida por emisarios de ojos ansiosos, y las casas de comisiones y las asociaciones lecheras se vieron sorprendidas por una súbita demanda de huevos que no superaran las veinte onzas por docena.

Rasmussen hipotecó la pequeña casa por mil dólares, dispuso que su esposa pasara una larga temporada con su familia, renunció a su trabajo y partió hacia el Norte. Para mantenerse dentro de su presupuesto, se conformó con un pasaje de segunda clase que, debido a la avalancha de gente, era peor que el de tercera; y a finales del verano, pálido y tambaleante, desembarcó con sus huevos en la playa de Dyea. Pero no tardó en recuperar el equilibrio en tierra y el apetito. Su primera entrevista con los porteadores de Chilkoot lo enderezó y le endureció la columna. Cuarenta centavos por libra le exigieron por el porteo de veintiocho millas, y mientras contenía el aliento y tragaba saliva, el precio subió a cuarenta y tres. Quince fornidos indios le pusieron las correas en sus fardos a cuarenta y cinco, pero se las quitaron ante una oferta de cuarenta y siete de un Creso de Skaguay con camisa sucia y mono andrajoso que había perdido sus caballos en el sendero del White Pass y ahora hacía un último y desesperado intento de entrar en el país por la vía de Chilkoot.

Pero Rasmussen era pura determinación, y por cincuenta centavos encontró porteadores que, dos días después, dejaron sus huevos intactos en Linderman. Pero cincuenta centavos la libra son mil dólares la tonelada, y sus mil quinientas libras habían agotado su fondo de emergencia y lo habían dejado varado en el punto de Tántalo, donde cada día veía partir las barcas recién aserradas hacia Dawson. Además, una gran ansiedad se cernía sobre el campamento donde se construían las barcas. Los hombres trabajaban frenéticamente, temprano y tarde, al límite de su resistencia, calafateando, clavando y breando en un frenesí de prisa cuya explicación no era difícil de encontrar. Cada día la línea de nieve descendía más por los picos desolados y rocosos, y vendaval tras vendaval traían aguanieve, cellisca y nieve, y en

los remansos y lugares tranquilos se formaba y espesaba el hielo joven con el paso de las horas fugaces. Y cada mañana, hombres entumecidos por el trabajo volvían sus rostros pálidos hacia el lago para ver si había llegado la helada. Porque la helada anunciaba la muerte de su esperanza: la esperanza de que estarían flotando río abajo antes de que la navegación se cerrara en la cadena de lagos.

Para atormentar aún más el alma de Rasmussen, descubrió a tres competidores en el negocio de los huevos. Era cierto que uno, un pequeño alemán, se había arruinado y estaba él mismo acarreado desolado el último fardo del porteo; pero los otros dos tenían barcas casi terminadas y suplicaban diariamente al dios de los mercaderes y comerciantes que detuviera la mano de hierro del invierno solo por un día más. Pero la mano de hierro se cerró sobre la tierra. Había hombres congelándose en la ventisca que barría Chilkoot, y Rasmussen se congeló los dedos de los pies antes de darse cuenta. Encontró la oportunidad de ir como pasajero con su carga en una barca que justo zarpaba entre los escombros de hielo, pero se requerían doscientos dólares en efectivo, y él no tenía dinero.

— Yo creo que tú esperar un poquito —dijo el constructor de barcos sueco, que había encontrado su Klondike allí mismo y era lo suficientemente sabio como para saberlo—, un poquito y yo te hago un condenado buen esquife, seguro que sí.

Con esta promesa verbal como garantía, Rasmussen regresó por el sendero hasta Crater Lake, donde se encontró con dos corresponsales de prensa cuyo enredado equipaje estaba esparcido desde Stone House, al otro lado del paso, hasta Happy Camp.

— Sí —dijo con importancia—. Tengo mil docenas de huevos en Linderman, y a mi barca casi le han calafateado la última costura. Me considero afortunado de conseguirla. Las barcas están muy cotizadas, ya saben, y no se consigue ninguna.

Acto seguido y casi con violencia física, los corresponsales clamaron por ir con él, agitaron billetes verdes ante sus ojos y derramaron monedas de oro de veinte dólares de mano en mano. Él no quería ni oír hablar de ello, pero lo convencieron, y consintió a regañadientes en llevarlos por trescientos cada uno. También le insistieron en que adelantara el dinero del pasaje. Y mientras ellos escribían a sus respectivos periódicos sobre el Buen

Samaritano de las mil docenas de huevos, el Buen Samaritano se apresuraba a volver junto al sueco en Linderman.

— ¡Eh, tú! ¡Dame esa barca! — fue su saludo, con la mano haciendo sonar las monedas de oro de los corresponsales y los ojos clavados con avidez en la embarcación terminada.

El sueco lo miró impasible y negó con la cabeza.

— ¿Cuánto paga el otro tipo? ¿Trescientos? Bueno, aquí tienes cuatrocientos. Tómalos.

Intentó forzarlo a aceptarlos, pero el hombre retrocedió.

— Yo creo que no. Yo le dije a él que se queda con el esquite. Tú solo espera...

— Aquí tienes seiscientos. Última oferta. Lo tomas o lo dejas. Dile que ha sido un error.

El sueco vaciló.

— Yo creo que sí — dijo finalmente, y lo último que Rasmussen vio de él fue su vocabulario naufragando en un vano esfuerzo por explicarle el error a los otros tipos.

El alemán resbaló y se rompió un tobillo en la empinada cresta sobre Deep Lake, vendió sus existencias a un dólar la docena y con las ganancias contrató a portadores indios para que lo llevaran de vuelta a Dyea. Pero en la mañana en que Rasmussen zarpó con sus corresponsales, sus dos rivales hicieron lo mismo.

— ¿Cuántas llevas? — le gritó uno de ellos, un pequeño y enjuto habitante de Nueva Inglaterra.

— Mil docenas — respondió Rasmussen con orgullo.

— ¡Bah! Te apuesto lo que quieras a que llego antes que tú con mis ochocientas.

Los corresponsales se ofrecieron a prestarle el dinero, pero Rasmussen se negó, y el yanqui cerró el trato con el rival restante, un fornido hijo del mar y navegante de barcos y otras cosas, que prometió enseñarles a todos un par de trucos cuando se tratara de navegar a toda vela. Y así lo hizo, con una

gran vela cuadrada de lona que hundía la proa hasta la mitad en cada salto. Fue el primero en salir de Linderman, pero, desdeñando el porteo, estrelló su barca cargada contra las rocas en los rápidos hirvientes. Rasmussen y el yanqui, que también llevaban dos pasajeros, cruzaron el porteo a sus espaldas y luego guiaron sus barcas vacías con cabos a través de las aguas bravas hasta Bennett.

Bennett era un lago de veinticinco millas, estrecho y profundo, un embudo entre las montañas por el que siempre retozaban las tormentas. Rasmussen acampó en el banco de arena de su cabecera, donde había muchos hombres y barcas con rumbo norte desafiando al invierno ártico. Se despertó por la mañana para encontrar un vendaval silbante del sur, que recogía el frío de los picos nevados y los valles glaciares y soplaba tan frío como jamás sopló un viento del norte. Pero era un viento favorable, y también encontró al yanqui tambaleándose más allá del primer promontorio audaz con todo el velamen desplegado. Barca tras barca se ponían en marcha, y los corresponsales se pusieron a la tarea con entusiasmo.

—Lo alcanzaremos antes de Cariboo Crossing —le aseguraron a Rasmussen, mientras izaban la vela y el Alma recibía el primer rocío helado sobre su proa.

Ahora bien, Rasmussen toda su vida había sido propenso a la cobardía en el agua, pero se aferró al remo de gobierno que coceaba con el rostro serio y la mandíbula decidida. Sus mil docenas estaban allí en la barca ante sus ojos, bien aseguradas bajo el equipaje de los corresponsales, y de alguna manera, ante sus ojos estaban también la casita y la hipoteca de mil dólares.

Hacía un frío glacial. De vez en cuando, recogía el remo de gobierno y sacaba uno nuevo mientras sus pasajeros picaban el hielo de la pala. Dondequiera que golpeaba el rocío, se convertía instantáneamente en escarcha, y la botavara de la vela de abanico se cubría rápidamente de carámbanos. El Alma se esforzaba y martilleaba a través de las grandes olas hasta que las costuras y las juntas comenzaron a abrirse, pero en lugar de achicar agua, los corresponsales picaban hielo y lo arrojaban por la borda. No había tregua. La loca carrera contra el invierno estaba en marcha, y las barcas avanzaban en una fila desesperada.

—¡N-n-no podemos parar ni para salvar nuestras almas! —castañeteó uno de los corresponsales, de frío, no de miedo.

— ¡Eso es! ¡Mantenla por el centro, viejo! — le animó el otro.

Rasmunsen respondió con una sonrisa idiota. Las costas bordeadas de hierro eran un hervidero de espuma, e incluso por el centro la única esperanza era seguir huyendo de las grandes olas. Arriar la vela era ser alcanzado y anegado. Una y otra vez pasaron junto a barcas que golpeaban contra las rocas, y una vez vieron una al borde de los rompientes a punto de estrellarse. Una pequeña embarcación detrás de ellos, con dos hombres, trasluchó y volcó.

— C-c-cuidado, viejo — gritó el de los dientes castañeteantes.

Rasmunsen sonrió y apretó su dolorido agarre en el remo. Decenas de veces el empuje del mar había atrapado la gran popa cuadrada del Alma y la había desviado de su rumbo hasta que el pujamen de la vela de abanico ondeaba huecamente, y cada vez, y solo con todas sus fuerzas, la había hecho volver. Su sonrisa para entonces se había vuelto fija, y a los correspondientes les inquietaba mirarlo.

Pasaron rugiendo junto a una roca aislada a cien yardas de la orilla. Desde su cima empapada por las olas, un hombre gritaba salvajemente, cortando por un instante la tormenta con su voz. Pero al instante siguiente el Alma ya había pasado, y la roca se convertía en una mota negra en la espuma agitada.

— ¡Eso liquida al yanqui! ¿Dónde está el marinero? — gritó uno de sus pasajeros.

Rasmunsen lanzó una mirada por encima del hombro a una vela cuadrada negra. La había visto surgir de la grisura a barlovento, y durante una hora, intermitentemente, la había estado observando crecer. El marinero evidentemente había reparado los daños y estaba recuperando el tiempo perdido.

— ¡Mira cómo viene!

Ambos pasajeros dejaron de picar hielo para observar. Veinte millas de Bennett habían quedado atrás, espacio de sobra para que el mar lanzara sus montañas hacia el cielo. Hundándose y elevándose como un dios de la tormenta, el marinero pasó junto a ellos. La enorme vela parecía agarrar la barca desde las crestas de las olas, arrancarla corporalmente del agua y lanzarla estrellándose y ahogándose en las bostezantes hondonadas.

— ¡El mar nunca lo alcanzará!

— ¡Pero va a h-h-hundir la proa!

Justo mientras hablaban, la lona negra se desvaneció de la vista detrás de una gran ola rompiente. La siguiente ola pasó sobre el lugar, y la siguiente, pero la barca no reapareció. El Alma pasó a toda velocidad por el lugar. Se vio una pequeña mezcolanza de avena y cajas. Un brazo se alzó y una cabeza peluda rompió la superficie a una veintena de yardas de distancia.

Por un tiempo hubo silencio. A medida que el final del lago aparecía a la vista, las olas comenzaron a saltar a bordo con una recurrencia tan constante que los corresponsales ya no picaban hielo, sino que arrojaban el agua con cubos. Incluso esto no era suficiente y, tras una conferencia a gritos con Rasmussen, atacaron el equipaje. Harina, tocino, frijoles, mantas, estufa de cocina, cuerdas, cachivaches, todo lo que pudieron echar mano, voló por la borda. La barca lo reconoció al instante, embarcando menos agua y levantándose con más flotabilidad.

— ¡Con eso basta! — gritó Rasmussen con severidad, mientras se disponían a atacar la capa superior de huevos.

— ¡Una m-mierda que basta! — respondió el que temblaba, con saña. A excepción de sus notas, carretes y cámaras, habían sacrificado todo su equipo. Se inclinó, agarró una caja de huevos y comenzó a forcejear para sacarla de debajo de las amarras.

— ¡Suéltala! ¡He dicho que la sueltes!

Rasmussen había logrado sacar su revólver y, con el brazo apoyado en la cabeza del remo, estaba apuntando. El corresponsal se puso de pie en el banco, balanceándose, con el rostro torcido por la amenaza y una ira sin palabras.

— ¡Dios mío!

Así gritó su compañero corresponsal, lanzándose de bruces al fondo de la barca. El Alma, bajo la atención dividida de Rasmussen, había sido atrapada por una gran masa de agua y había girado. El pujamen se ahuecó, la vela se vació y trasluchó, y la botavara, barriendo la barca con una fuerza terrible, arrastró al corresponsal furioso por la borda con la espalda rota. El mástil y la vela también habían caído por el costado. Siguió una ola que los

empapó mientras la barca perdía impulso, y Rasmunsen saltó al cubo de achique.

Varias barcas pasaron a toda velocidad junto a ellos en la siguiente media hora: barcas pequeñas, barcas de su mismo tamaño, barcas asustadas, incapaces de hacer otra cosa que correr enloquecidas. Luego, una barcaza de diez toneladas, con riesgo inminente de destrucción, arrió la vela a barlovento y se abalanzó pesadamente sobre ellos.

— ¡Apartaos! ¡Apartaos! — gritó Rasmunsen.

Pero su baja regala rozó contra la pesada embarcación, y el corresponsal restante trepó a bordo. Rasmunsen se abalanzó sobre los huevos como un gato y en la proa del Alma, luchaba con dedos entumecidos por unir las amarras de remolque.

— ¡Vamos! — le gritó un hombre de barba rojiza.

— ¡Tengo mil docenas de huevos aquí! — gritó en respuesta—. ¡Remólquenme! ¡Les pagaré!

— ¡Vamos! — aullaron a coro.

Una gran ola de cresta blanca rompió justo detrás, barriendo la barcaza y dejando el Alma medio anegado. Los hombres soltaron amarras, maldiciéndolo mientras izaban su vela. Rasmunsen les devolvió las maldiciones y se puso a achicar. El mástil y la vela, como un ancla de capa, todavía sujetos por las drizas, mantenían la barca de proa al viento y al mar y le daban la oportunidad de luchar contra el agua.

Tres horas más tarde, entumecido, exhausto, desvariando como un lunático, pero todavía achicando, llegó a tierra en una playa sembrada de hielo cerca de Cariboo Crossing. Dos hombres, un correo del gobierno y un voyageur mestizo, lo sacaron del oleaje, salvaron su carga y vararon el Alma. Estaban saliendo del país remando en una canoa Peterborough y le dieron cobijo por la noche en su campamento azotado por la tormenta. A la mañana siguiente partieron, pero él decidió quedarse junto a sus huevos. Y a partir de entonces, el nombre y la fama del hombre de las mil docenas de huevos comenzaron a extenderse por la tierra. Los buscadores de oro que llegaron antes de la helada llevaron la noticia de su venida. Viejos veteranos canosos de Forty Mile y Circle City, pioneros de la masa agria con mandíbulas de cuero y estómagos encallecidos por los frijoles, evocaban

recuerdos oníricos de pollos y verduras al mencionar su nombre. Dyea y Skaguay se interesaron por su existencia y preguntaban por su progreso a cada hombre que venía por los pasos, mientras que Dawson —la dorada Dawson sin tortillas— se inquietaba y preocupaba, y esperaba a cada recién llegado para tener noticias de él.

Pero de esto Rasmussen no sabía nada. Al día siguiente del naufragio, reparó el Alma y partió. Un cruel viento del este soplabla en su contra desde Tagish, pero echó los remos por la borda y se enfrentó a él valientemente, aunque la mitad del tiempo iba a la deriva hacia atrás y picando hielo de las palas. Según la costumbre del país, fue arrastrado a la orilla en Windy Arm; tres veces en Tagish lo vieron anegado y varado; y el lago Marsh lo retuvo en la helada. El Alma fue aplastado por el atasco de los témpanos, pero los huevos estaban intactos. Los transportó dos millas a través del hielo hasta la orilla, donde construyó un escondrijo que permaneció durante años y era señalado por los hombres que lo conocían.

Medio millar de millas heladas se extendían entre él y Dawson, y la vía fluvial estaba cerrada. Pero Rasmussen, con una peculiar mirada tensa en su rostro, regresó a pie por los lagos. Lo que sufrió en ese viaje solitario, sin más que una sola manta, un hacha y un puñado de frijoles, no es dado a conocer a los mortales comunes. Solo el aventurero del Ártico puede entenderlo. Baste decir que fue sorprendido por una ventisca en Chilkoot y dejó dos de sus dedos del pie con el cirujano en Sheep Camp. Sin embargo, se mantuvo en pie y lavó platos en la fregadería del Pawana hasta el Puget Sound, y desde allí paleó carbón en un barco de la P.S. hasta San Francisco.

Era un hombre demacrado y desaliñado el que cojeaba por el reluciente suelo de la oficina para conseguir una segunda hipoteca de la gente del banco. Sus mejillas hundidas se traslucían a través de la barba rala, y sus ojos parecían haberse retirado a profundas cavernas donde ardían con fuegos fríos. Sus manos estaban agrietadas por la exposición y el trabajo duro, y las uñas estaban bordeadas de suciedad y polvo de carbón apretados. Hablaba vagamente de huevos y témpanos de hielo, vientos y mareas; pero cuando se negaron a dejarle más de otros mil, su discurso se volvió incoherente, centrándose principalmente en el precio de los perros y la comida para perros, y en cosas como raquetas de nieve y mocasines y senderos de invierno. Le dejaron mil quinientos, que era más de lo que la casa garantizaba, y respiraron más tranquilos cuando garabateó su firma y salió por la puerta.

Dos semanas después cruzó Chilkoot con tres trineos de perros, de cinco perros cada uno. Él conducía un tiro, y los dos indios que lo acompañaban conducían los otros. En el lago Marsh abrieron el escondrijo y cargaron. Pero no había sendero. Fue el primero en cruzar el hielo, y a él le correspondió la tarea de apisonar la nieve y abrirse paso a martillazos a través de los ásperos atascos del río. A menudo observaba detrás de él el humo de una fogata ascendiendo finamente en el aire tranquilo, y se preguntaba por qué la gente no lo alcanzaba. Porque era un extraño en la tierra y no lo entendía. Tampoco podía entender a sus indios cuando intentaban explicarle. Esto lo consideraban una dificultad, pero cuando se resistieron y se negaron a levantar el campamento por las mañanas, los obligó a trabajar a punta de pistola.

Cuando se deslizó por un puente de hielo cerca de White Horse y se congeló el pie, aún tierno y demasiado sensible por la congelación anterior, los indios esperaban que se detuviera. Pero él sacrificó una manta y, con el pie envuelto en un mocasín enorme, grande como un cubo de agua, continuó haciendo su turno regular con el trineo delantero. Este era el trabajo más cruel, y lo respetaban, aunque por lo bajo se golpeaban la frente con los nudillos y sacudían la cabeza significativamente. Una noche intentaron huir, pero el zis-zis de sus balas en la nieve los hizo regresar, gruñendo pero convencidos. Entonces, siendo solo salvajes hombres de Chilkat, se confabularon para matarlo; pero él dormía como un gato y, despierto o dormido, la oportunidad nunca llegó. A menudo intentaron decirle la importancia de la columna de humo en la retaguardia, pero él no podía comprender y se volvió desconfiado. Y cuando se enfurruñaban o eludían el trabajo, era rápido en golpearlos entre los ojos, y rápido en enfriar sus almas acaloradas con la vista de su revólver listo.

Y así continuó, con hombres amotinados, perros salvajes y un sendero que partía el corazón. Luchó contra los hombres para que se quedaran con él, luchó contra los perros para mantenerlos alejados de los huevos, luchó contra el hielo, el frío y el dolor de su pie, que no sanaba. Tan pronto como el tejido joven se renovaba, era mordido y quemado por la escarcha, de modo que se desarrolló una llaga supurante en la que casi podía meter el puño. Por las mañanas, cuando apoyaba su peso sobre él por primera vez, se mareaba y estaba a punto de desmayarse por el dolor; pero más tarde en el día generalmente se entumecía, para recomenzar cuando se metía en sus

mantas e intentaba dormir. Sin embargo, él, que había sido oficinista y se había sentado en un escritorio todos sus días, trabajó hasta que los indios quedaron exhaustos, e incluso superó en trabajo a los perros. Cuánto trabajó, cuánto sufrió, no lo sabía. Siendo un hombre de una sola idea, ahora que la idea había llegado, lo dominaba. En el primer plano de su conciencia estaba Dawson, en el fondo sus mil docenas de huevos, y a medio camino entre los dos su ego revoloteaba, esforzándose siempre por unirlos en un punto dorado y resplandeciente. Este punto dorado eran los cinco mil dólares, la consumación de la idea y el punto de partida para cualquier nueva idea que pudiera presentarse. Por lo demás, era un mero autómata. No era consciente de otras cosas, viéndolas como a través de un cristal oscuro y sin prestarles atención. El trabajo de sus manos lo hacía con sabiduría mecánica; igualmente el trabajo de su cabeza. Así que la expresión de su rostro se volvió muy tensa, hasta que incluso los indios le temieron y se maravillaron del extraño hombre blanco que los había hecho esclavos y los había obligado a trabajar con tanta insensatez.

Luego vino un golpe de frío en el lago Le Barge, cuando el frío del espacio exterior azotó la punta del planeta, y la fuerza alcanzó los sesenta y tantos grados bajo cero. Allí, trabajando con la boca abierta para poder respirar más libremente, se le enfriaron los pulmones, y durante el resto del viaje le molestó una tos seca y cortante, especialmente irritable con el humo del campamento o bajo el esfuerzo de un ejercicio excesivo. En el río Thirty Mile encontró mucha agua abierta, atravesada por precarios puentes de hielo y bordeada por una estrecha capa de hielo en la orilla, engañosa e incierta. Era imposible contar con el hielo de la orilla, y se atrevió a cruzarlo sin miramientos, recurriendo a su revólver cuando sus conductores protestaron. Pero en los puentes de hielo, aunque estuvieran cubiertos de nieve, se podían tomar precauciones. Los cruzaban con sus raquetas de nieve, con largos palos sostenidos transversalmente en sus manos, a los que aferrarse en caso de accidente. Una vez al otro lado, llamaban a los perros para que los siguieran. Y en uno de esos puentes, donde la ausencia de hielo en el centro estaba enmascarada por la nieve, uno de los indios encontró su fin. Se hundió tan rápida y limpiamente como un cuchillo en nata fina, y la corriente lo arrastró fuera de la vista bajo el hielo del arroyo.

Esa noche su compañero huyó a través de la pálida luz de la luna, mientras Rasmussen perforaba inútilmente el silencio con su revólver, un arma

que manejaba con más celeridad que destreza. Treinta y seis horas después, el indio llegó a un campamento de la policía en el Big Salmon.

—Um... um... um, hombre raro... ¿cómo se dice?... suelto de la cabeza —explicó el intérprete al perplejo capitán—. ¿Eh? Sí, loco, muy loco. Huevos, huevos, todo el tiempo huevos... ¿entiendes? Ya viene.

Pasaron varios días antes de que llegara Rasmussen, con los tres trineos atados juntos y todos los perros en un solo tiro. Era incómodo, y donde el camino era malo se veía obligado a retroceder trineo por trineo, aunque la mayor parte del tiempo lograba, mediante esfuerzos hercúleos, llevarlos todos en un solo viaje. No pareció conmoverse cuando el capitán de la policía le dijo que su hombre se dirigía a toda prisa hacia Dawson y que para entonces, probablemente, estaría a medio camino entre Selkirk y Stewart. Tampoco pareció interesado cuando le informaron que la policía había abierto el sendero hasta Pelly; pues había alcanzado una aceptación fatalista de todas las dispensaciones naturales, buenas o malas. Pero cuando le dijeron que Dawson estaba en las garras amargas de la hambruna, sonrió, puso el arnés a sus perros y partió.

Pero fue en su siguiente parada donde se explicó el misterio del humo. Con la noticia en Big Salmon de que el sendero estaba abierto hasta Pelly, ya no había necesidad de que la columna de humo se demorara a su paso; y Rasmussen, agazapado junto a un fuego solitario, vio pasar una heterogénea caravana de trineos. Primero vinieron el correo y el mestizo que lo habían sacado de Bennett; luego los carteros de Circle City, dos trineos de ellos, y un séquito mixto de Klondikers que entraban. Perros y hombres estaban frescos y gordos, mientras que Rasmussen y sus bestias estaban exhaustos y consumidos hasta los huesos. Los de la columna de humo habían viajado un día de cada tres, descansando y reservando sus fuerzas para el sprint final cuando se encontraran con el sendero abierto; mientras que él cada día se había lanzado y había luchado hacia adelante, quebrando el espíritu de sus perros y robándoles su brío.

En cuanto a él, era inquebrantable. Le agradecieron amablemente sus esfuerzos en su nombre, aquellos hombres gordos y frescos, le agradecieron amablemente, con amplias sonrisas y risas obscenas; y ahora, cuando lo entendió, no respondió. Tampoco albergó amargura silenciosa. Era irrelevante.

La idea —el hecho detrás de la idea— no había cambiado. Aquí estaba él y sus mil docenas; allí estaba Dawson; el problema no había cambiado.

En el Little Salmon, al escasear la comida para perros, los perros se metieron en sus provisiones, y desde allí hasta Selkirk vivió de frijoles: frijoles marrones y toscos, frijoles grandes, groseramente nutritivos, que le retorcián el estómago y lo doblaban en dos a intervalos de dos horas. Pero el Factor en Selkirk tenía un aviso en la puerta del Puesto en el sentido de que ningún vapor había subido por el Yukón en dos años y, en consecuencia, las provisiones estaban por las nubes. Se ofreció a cambiar harina, sin embargo, a razón de una taza por cada huevo, pero Rasmussen negó con la cabeza y se puso en camino. Más abajo del Puesto logró comprar piel de caballo congelada para los perros; los caballos habían sido sacrificados por los ganaderos de Chilkat, y los restos y despojos conservados por los indios. Él mismo intentó comer la piel, pero los pelos se le metían en las llagas de la boca causadas por los frijoles y era insoportable.

Aquí en Selkirk se encontró con los precursores del éxodo hambriento de Dawson, y desde allí en adelante se arrastraron por el sendero, una multitud lúgubre. «¡No hay provisiones!» era la canción que cantaban. «Sin provisiones, tuvimos que irnos». «Todo el mundo esperando una subida en primavera». «La harina a dólar y medio la libra, y nadie vende».

—¿Huevos? —respondió uno de ellos—. A dólar la unidad, pero no hay ninguno.

Rasmussen hizo un cálculo rápido.

—Doce mil dólares —dijo en voz alta.¹

—¿Eh? —preguntó el hombre.

—Nada —respondió, y arreó a los perros.

Cuando llegó al río Stewart, a setenta millas de Dawson, cinco de sus perros habían desaparecido, y el resto se desplomaba en los tiros. Él también estaba en los tiros, tirando con la poca fuerza que le quedaba. Incluso entonces, apenas avanzaba diez millas al día. Sus pómulos y su nariz, congelados una y otra vez, se habían vuelto de un negro sanguinolento y horrendo. El pulgar, que estaba separado de los dedos por la pértiga de dirección, también se había congelado y le causaba un gran dolor. El monstruoso mocasín todavía envolvía su pie, y extraños dolores comenzaban a atormen-

tar la pierna. En Sixty Mile, los últimos frijoles, que había estado racionando durante algún tiempo, se terminaron; sin embargo, se negó firmemente a tocar los huevos. No podía reconciliar su mente con la legitimidad de ello, y se tambaleaba y caía por el camino hacia Indian River. Aquí, un alce recién cazado y un viejo pionero generoso le dieron a él y a sus perros nuevas fuerzas, y en Ainslie's se sintió recompensado por todo cuando una estampida, fresca de Dawson en cinco horas, le aseguró que podría obtener un dólar y cuarto por cada huevo que poseía.

Subió la empinada orilla junto al cuartel de Dawson con el corazón palpitante y las rodillas temblorosas. Los perros estaban tan débiles que se vio obligado a dejarlos descansar y, mientras esperaba, se apoyó lánguidamente contra la pértiga de dirección. Un hombre, un hombre de aspecto eminentemente decoroso, pasó paseando con un gran abrigo de piel de oso. Miró a Rasmussen con curiosidad, luego se detuvo y recorrió con ojo especulativo los perros y los tres trineos atados.

—¿Qué traes ahí? —preguntó.

—Huevos —respondió Rasmussen con voz ronca, apenas capaz de elevar su voz por encima de un susurro.

—¡Huevos! ¡Yupi! ¡Yupi! —Saltó en el aire, giró como un loco y terminó con media docena de pasos de guerra—. No me digas... ¿todos?

—Todos.

—Oye, tú debes ser el Hombre de los Huevos. —Caminó alrededor y observó a Rasmussen desde el otro lado—. Vamos, ¿no eres tú el Hombre de los Huevos?

Rasmussen no lo sabía, pero supuso que sí, y el hombre se calmó un poco.

—¿Qué esperas conseguir por ellos? —preguntó con cautela.

Rasmussen se volvió audaz.

—Dólar y medio —dijo.

—¡Hecho! —respondió el hombre al instante—. Dame una docena.

—Quiero decir, un dólar y medio la unidad —explicó Rasmussen con vacilación.

—Claro. Te oí. Que sean dos docenas. Aquí tienes el polvo.

El hombre sacó una saludable bolsa de oro del tamaño de una pequeña salchicha y la golpeó negligentemente contra la pértiga de dirección. Rasmunsen sintió un extraño temblor en la boca del estómago, un cosquilleo en las fosas nasales y un deseo casi abrumador de sentarse y llorar. Pero una curiosa multitud de ojos abiertos comenzaba a reunirse, y hombre tras hombre pedía huevos a gritos. No tenía balanza, pero el hombre del abrigo de piel de oso trajo una y amablemente pesó el polvo mientras Rasmunsen despachaba la mercancía. Pronto hubo empujones, forcejeos y codazos, y un gran clamor. Todos querían comprar y ser atendidos primero. Y a medida que la emoción crecía, Rasmunsen se calmó. Esto no podía seguir así. Debía haber algo detrás del hecho de que compraran con tanto afán. Sería más prudente si descansara primero y evaluara el mercado. Quizás los huevos valían dos dólares la unidad. De todos modos, cuando quisiera vender, tenía asegurado un dólar y medio.

—¡Alto! —gritó, cuando se habían vendido un par de cientos—. No más por ahora. Estoy agotado. Tengo que conseguir una cabaña, y luego pueden venir a verme.

Un gemido se elevó ante esto, pero el hombre del abrigo de piel de oso lo aprobó. Veinticuatro de los huevos congelados traquetearon en sus espaciosos bolsillos, y no le importaba si el resto del pueblo comía o no. Además, podía ver que Rasmunsen estaba en las últimas.

—Hay una cabaña justo en la segunda esquina desde el Monte Carlo —le dijo—, la que tiene la ventana de botella de soda. No es mía, pero estoy a cargo de ella. Se alquila por diez al día y es barata para lo que es. Múdate directamente, y te veré más tarde. No olvides la ventana de botella de soda.

—¡Ta-ra-rá! —gritó un momento después—. Me voy a la colina a comer huevos y a soñar con mi hogar.

De camino a la cabaña, Rasmunsen recordó que tenía hambre y compró una pequeña provisión de alimentos en la tienda de la N. A. T. & T., también un bistec en la carnicería y salmón seco para los perros. Encontró la cabaña sin dificultad y dejó a los perros con el arnés puesto mientras encendía el fuego y ponía el café en marcha.

«¡Un dólar y medio la unidad... mil docenas... dieciocho mil dólares!», seguía murmurando para sí mismo, una y otra vez, mientras se ocupaba de sus tareas.

Mientras echaba el bistec en la sartén, la puerta se abrió. Se giró. Era el hombre del abrigo de piel de oso. Parecía entrar con determinación, como si tuviera un encargo explícito, pero al mirar a Rasmunsen una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—Oye... oye, yo... —comenzó, y luego se detuvo.

Rasmunsen se preguntó si quería el alquiler.

—Oye, maldita sea, sabes, esos huevos están malos.

Rasmunsen se tambaleó. Sintió como si alguien le hubiera dado un golpe asombroso entre los ojos. Las paredes de la cabaña se tambalearon y se inclinaron. Extendió la mano para estabilizarse y la apoyó en la estufa. El dolor agudo y el olor a carne quemada lo devolvieron a la realidad.

—Ya veo —dijo lentamente, buscando la bolsa en su bolsillo—. Quieres que te devuelva el dinero.

—No es el dinero —dijo el hombre—, pero ¿no tienes huevos... buenos?

Rasmunsen negó con la cabeza.

—Será mejor que cojas el dinero.

Pero el hombre se negó y retrocedió.

—Volveré —dijo—, cuando hayas hecho inventario, y cogeré lo que me corresponda.

Rasmunsen hizo rodar el tajo de cortar leña hasta dentro de la cabaña y metió los huevos. Lo hizo con bastante calma. Cogió el hacha de mano y, uno por uno, partió los huevos por la mitad. Examinó cuidadosamente estas mitades y las dejó caer al suelo. Al principio probó de las diferentes cajas, luego vació deliberadamente una caja tras otra. El montón en el suelo crecía. El café se derramó y el humo del bistec quemado llenó la cabaña. Cortó firme y monótonamente hasta que terminó la última caja.

Alguien llamó a la puerta, volvió a llamar y entró.

— ¡Qué desastre! — comentó, mientras se detenía y contemplaba la escena.

Los huevos partidos comenzaban a descongelarse con el calor de la estufa, y un olor miserable se hacía más fuerte.

— Debió de pasar en el vapor — sugirió.

Rasmunsen lo miró larga y fijamente.

— Soy Murray, Big Jim Murray, todo el mundo me conoce — se ofreció el hombre —. Acabo de oír que tus huevos están podridos, y te ofrezco doscientos por el lote. No son tan buenos como el salmón, pero aun así son una comida aceptable para los perros.

Rasmunsen parecía petrificado. No se movió.

— Vete al infierno — dijo sin pasión.

— Ahora, considéralo. Me enorgullezco de que es un precio decente por un desastre como ese, y es mejor que nada. Doscientos. ¿Qué dices?

— Vete al infierno — repitió Rasmunsen suavemente —, y lárgate de aquí.

Murray se quedó boquiabierto con gran asombro, luego salió con cuidado, hacia atrás, con los ojos fijos en el rostro del otro.

Rasmunsen lo siguió afuera y soltó a los perros. Les arrojó todo el salmón que había comprado y enrolló una correa de trineo en su mano. Luego volvió a entrar en la cabaña y echó el cerrojo tras de sí. El humo del bistec carbonizado le irritaba los ojos. Se subió a la litera, pasó la correa por encima de la viga del caballete y midió el balanceo con la vista. No pareció satisfacerle, pues puso el taburete sobre la litera y se subió al taburete. Hizo un lazo corredizo en el extremo de la correa y pasó la cabeza a través de él. El otro extremo lo ató firmemente. Luego pateó el taburete para quitarlo de debajo de sus pies.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB